

La semana en el cine

Emilio García Riera



Al ver anunciado el paso en la televisión de *La guerra y la paz* (1963 a 1965), de Serguéi Bondarchuk, me dispuse a comprobar hasta qué punto la película es tan mala como la recordaba. Una vez vistas las dos primeras de sus cuatro partes (en total, la cinta dura más de seis horas), creo que es peor.

(Una digresión: antes de iniciarse las proyecciones de *La guerra y la paz*, hay que soportar los comentarios de un pobre diablo que ha sustituido en esa función a gente seria como Pérez Turrent, García Tsao y Federico Serrano. El tipo, cursi hasta la náusea, llega incluso a dar "lecciones" de técnica cinematográfica, y así nos enteramos, por ejemplo, de que un *zoom-in* es un "acercamiento rápido" y un *zoom-back* un "alejamiento rápido". Por lo visto, el hombre no ha notado que hay *zooms* lentos o de velocidades medias).

Al iniciar la filmación de *La guerra y la paz*, Bondarchuk dijo que no quería "inventar ni añadir nada" y que "el autor del film es Tolstoi". Tras la aparente modestia de esas declaraciones, se escondía la insólita pretensión de cargar al novelista con la responsabilidad de lo que se ve en la pantalla. Se procuraba imponer con ellas una suerte de chantaje: si a uno no le gusta la película, es porque a uno no le gusta Tolstoi. Y pues no: a uno puede gustarle Tolstoi y no la película, como es mi caso.

Bondarchuk pertenece (como el mexicano Servando González, por ejemplo) a una estirpe de realizadores que intenta disimular la carencia de un verdadero pensamiento cinematográfico (esto es: ni meramente literario ni meramente plástico) con toda suerte de recursos apantallantes. No se advierte en el desarrollo de *La guerra y la paz* el sostenimiento de una idea rectora: cada escena es resuelta con un criterio efectista que divorcia a las partes del todo al que deberían servir. Cuando lo que hay que resolver son escenas de batalla, de esas que hacen imposible el disimulo, se revela un desconcierto atroz: uno añora en esos momentos la versión italoestadunidense (1956) de la novela de Tolstoi, a pesar de que sus escenas de batalla no fueron filmadas por el principal responsable de la empresa, King Vidor, sino por su codirector, el menos famoso Mario Soldati. Por otro lado, la película de Bondarchuk adolece incluso de fallas de caracterización. Un ejemplo: el personaje de *Natasha*, que la novela hace inolvidable, es encarnado por una joven actriz, Liudmila Savelieva, más bien olvidable; acaba empalagando por el abuso de una sola expresión azorada.

Creo, en consecuencia, que la importación de Bondarchuk a México para realizar una nueva semblanza de John Reed puede acabar resultando muy infortunada. Eso, en cierto modo, le hará un favor a Paul Leduc, el realizador del *Reed* de 1969: no es nada difícil imaginar las comparaciones que la crítica de todo el mundo hará en beneficio de una película que sólo costó algo así como medio millón de pesos y en agravio de la que requerirá, según se dice, una inversión, por lo bajo, de sesenta millones.